

**¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?**

**M. FRANCISCO MESA SECO**

**AGRUPACION AMIGOS DEL LIBRO**

*¿Quién soy?*

## I

Nací a pocos metros del río Maule, en la calle Montt de Nueva Bilbao, que después mancharon, llamándolo Constitución. Ese día estaba consagrado a Júpiter y en el zodíaco reinaba Leo. Mi primera canción de cuna debió ser el atronador combate de las aguas en la desembocadura del río. La barra del Maule era un constante acompañamiento coral de nuestra vida.

¡Cuántas cosas no sucedieron en 1925!

En Chile y el mundo. Basta mirar una historia, un almanaque, los diarios, para comprobarlo. “Abenámar, Abenámar / moro de la morería / el día que tú naciste / grandes lunares había...”

Antes del mes ya estaba viajando en el ahora nostálgico tren de Constitución a Talca, cantado por Efraín Barquero y Lagos Lisboa, para desembarcar en El Morro, entre Curtiduría y Corinto. Mi padre vio la luz en Talca, pero los antecesores paternos provenían de toda esa zona maulina. El abuelo Francisco fue agricultor

en campos de Curtiduría y, según cuenta Garrido Lozier, introdujo en esas latitudes la famosa uva rosada, a la que yo cantaré en mi libro "Brújula Celeste". Otros tíos se dedicaron al comercio naviero. Fueron dueños de una pequeña flota de tres buques en Constitución, y de una gran bodega de frutos del país. En la Guerra del Pacífico les requisaron, en buena hora, sus naves, para servir a la Patria. No sé qué pasó después. Sólo que capitán de una de esas embarcaciones, la "Williams Rebolledo", fue don Enrique Donn, marino alemán, que, enriquecido de pronto por la rueda de la fortuna, se transforma en el filántropo de mi pueblo.

Cuentan, también, que los Mesa o Meza son de los más antiguos habitantes de la Provincia y Región del Maule. Su origen arrancaría a los tiempos de don Pedro de Valdivia o inmediatamente posterior. Un militar de ese tiempo habría estado comprometido en un levantamiento. Al descubrirse la maniobra, el Gobernador del Reino le perdonó la vida, en homenaje a su valentía y calidad, señalándole, sí, que debía vivir para siempre al sur del Maule, que era una manera de entregárselo a los indios. Pero las crónicas dicen, fuera de lo que cuenta don Alonso de Ercilla, que los Promaucaes o Pormocoes eran unos aborígenes muy dados a las fiestas y los bailes, que usaban en sus atuendos la piel de las culebras y los zorros, a cuyas invenciones y recursos seguramente también se acogió ese aguerrido Mesa, porque andando el tiempo no sólo sobrevivió a las temibles tribus, sino que, como buen conquistador,

hizo el poblamiento de la zona. Así es como en Maule florece este apellido por Cauquenes, Parral, Sauzal, Nirivilo, Linares, San Javier, Talca y otros puntos, y aunque no sea muy honorable, ahí están también en Huerta de Maule, otros Mesa con caras de indiscutibles godos que, bandidos y cuatreros, se apoderan de las páginas de "Zurzulita" de Mariano Latorre.

La madre de mi padre tenía tierras por Nirivilo, en la zona de Mingre, y tengo varios parientes de apellido Riquelme y Letelier, sepultados en la vieja iglesia de esa aldea, y ahí está también durmiendo mi bisabuela paterna. Por eso es que ha existido una amistad perdurable entre la familia de González Bastías, nacido en Nirivilo en 1879, y mi familia. Mi abuela Riquelme era ya una persona como de 30 años cuando nació el poeta, y murió casi centenaria. Por ahí han probado que ella era prima o sobrina de doña Isabel. Conociendo su imagen blanca de ojos claros, como todos mis auténticos parientes Riquelme de esa misma "pinta", estoy por creer en ese parentesco.

Aníbal Jara elogió mucho mi pequeño poema a Nirivilo, que se incluye en el libro "Brújula Celeste".

Al parecer mi familia ha sido siempre una gente muy religiosa. Tenían el privilegio de ser enterrados en las iglesias, por lo menos hasta fines del siglo pasado y antes que se dictara la Ley de Cementerios, ya que ahí, en los muros de la Parroquia de Constitución, yacen mi bisabuelo paterno don Isidro Mesa y mi tatarabuela paterna doña Josefa Letelier. Esto lo confirman, además, los muchos sacerdotes y monjas que sur-

gieron de diversas generaciones. El más destacado representante quizá lo haya sido don Manuel Tomás Mesa, que fuera rector del Seminario San Pelayo, en Talca, a comienzos de siglo, y más tarde Deán del Cabildo Metropolitano de Santiago, y como tal le correspondió dirigir, por un breve tiempo, a la Iglesia chilena a la muerte de don Crescente Errázuriz.

Mi madre era oriunda de San Bernardo, la tierra que también ennoblecó Magallanes Moure y la Colonia Tolstoyana, y mi abuelo materno don Jorge Seco de la Cerda, que fue Alcalde de ese pueblo, provenía de familias santiaguinas. Este abuelo, conversador y sociable, era muy aficionado a los versos y a las coplas. Por ahí guardo con mucha veneración una maleta llena de ingeniosos versos, con los cuales se deleitaba cantando a la vida o satirizando las costumbres. Era dado también a las inclinaciones mineras y me parece verlo avanzando en los lechos secos de los esteros, con una lupa en la mano, recogiendo y maravillándose ante la deslumbrante pedrería.

Entre muchas familias de Chile, dicen que los Seco, que llegaron en la Colonia, están emparentados con la Quintrala. Don Agustín Seco Santa Cruz, en el siglo XVIII, fue uno de los primeros abogados criollos que obtuvieron su título en la Universidad San Marcos de Lima.

Por lo general se cree que Mesa Seco es un solo apellido y lo escriben Mesa-Seco o Mesaseco, no faltando los que piensan que Seco es italiano y lo escriben con dos c.

Además, mi apellido se escribe con s y no con z. Sobre esto corren las más divertidas "hipótesis". Los Mesa con s serían clericales y los con z serían ateos. La verdad es que en España el apellido se escribe con s y al parecer lo de la z no pasaría de ser un criollismo. Mi abuela materna doña Laura Carreño tenía en sus ojos el mar de Valparaíso y era prima del Almirante Gómez Carreño.

Pero estábamos llegando a El Morro, donde confluyen el Claro y el Maule. A éste, un poco más arriba, ya se le ha juntado el Loncomilla, y desde esta Estación se domina el que fuera Puerto Perales, en los buenos tiempos de la navegación del río. Al sur de las aguas se abre el Valle de El Morro, y al fondo se levanta el cerro Manquehua, hermosamente airoso. Esos campos, como ahora, estaban llenos de ardorosas viñas de rulo. Eran tierras de mis mayores, y mi padre trabajaba en el fundo Santa Rosa, de "Misiá" Rosa Villalobos. Por eso, entonces, tuvimos que atravesar, como incontables veces a lo largo de mi vida, en una pequeña lancha, la correntada potente del Maule, y conquistar la ribera sur.

Como yo era el mayor de una familia donde habían nacido solamente mujeres, mi padre preparó el 20 de septiembre un bautizo en grande, con un rodeo, asado y fuegos artificiales. Esos rodeos eran de otra índole, distintos a los que conocí más tarde en el Valle Central. Toda la gente del campo, montada, salía a recorrer las lomas, cerros, potreros, y los más apartados rincones, para reunir y rodear a toda la animalada del

fundo. Vacunos y "bestias" se encerraban en un corral inmenso y así se les laceaba, y correteaba, poniendo a prueba la destreza de los huasos y la fortaleza de los caballos. Se marcaba a todos los animales a fuego, o se les rajaba o mochaba la oreja, y les cortaban los cachos, se les castraba, quedaban con la "gargantilla" los novillos y bueyes, se corría a la chilena, se hacían pruebas de lazo, de rienda y de "apehualadas". Todo esto entre un chivateo inmenso, bramidos, relinchos, alborotos, percances, música y trago.

El encargado del bautizo fue un tío cura, primo de mi padre, don Ernesto Riquelme, también mi padrino, que seguramente en la ceremonia usó, para corretear a los malos espíritus, el agua del Maule. Mi cabeza quedó así santificada por esa divinidad.

## II

La vida comenzó a transcurrir en ese ambiente campesino, fluvial y marítimo. Mis primeras impresiones de niño están plenas de esos recuerdos. Hechos y personas que fueron conformando mi conciencia y mis sentimientos.

La escarlatina era en esos tiempos una enfermedad mortal. Me sorprendió en el campo, en pleno invierno. Por esos años ese lugar quedaba aislado. No había caminos a ningún pueblo. El único contacto era a través del ferrocarril, en la ribera norte del río. El Maule se ponía imbatible. Atravesarlo en bote era difícil y



peligroso. Pero mi padre, ante los síntomas de una enfermedad alarmante, corrió el riesgo con la ayuda del lanchero y tomó el tren a Talca. Pudo convencer a un joven médico de apellido Yanke. Lo recuerdo inclinado sobre mi cama de niño.

El terremoto de 1928 que afectó enormemente a Talca y Constitución, nos golpeó mientras dormíamos en Santa Rosa. El "cielo" de una de las piezas se desprendió completamente. Mis hermanas se salvaron porque siguieron acostadas y las tablas y palos se apoyaron en las altas cabeceras de los catres. Yo apenas de tres años, que dormía cerca de mis padres, fui sacado por alguien, lo recuerdo nítidamente, y corrieron conmigo al descubierto. Toda la familia, esa noche, se refugió en el coche americano que nos servía de vehículo de transporte. Veo aún a mi padre, montado en su caballo, alejarse en la noche tenebrosa para ver a su madre que vivía en el fundo vecino.

Qué hermosamente terribles fueron las erupciones de los volcanes que se alzaban en el nacimiento del Maule. No sé si fueron el Descabezado, el Quizapú o el Las Yeguas, pero veíamos, como una maravilla, la grandiosa y esbelta columna de humo que subía hasta el firmamento. Todo el campo se cubrió de una leve capa de ceniza y las hojas de los árboles estaban bañadas de un moho gris. Pero por sobre todo, en las noches, los resplandores del fuego que desbordaba el horizonte, nos infundía un terror primario y sagrado con esas alas de mariposa gigante que, desde la cumbre de los conos, se desparramaba terriblemente por el aire,

haciendo temblar con sus reflejos, por instantes grandiosos, las sombras de los árboles y de todo el paisaje, que adquiriría una belleza nueva y espeluznante. Era como si toda la distante cordillera de los Andes quisiera emprender el vuelo. Es una de las visiones que conservo con más fuerza y que seguramente mi niñez retuvo como una de las primeras letras de mi abecedario cultural. Recordé algo de esta naturaleza violenta en mi poesía "Volcán" del libro "Brújula Celeste".

Las lavas de la erupción contaminaron todas las aguas de los ríos y murieron muchos peces. Los campesinos los sacaban de la corriente. Aquel año nadie pasó hambre.

Para fortalecernos, mi madre nos daba unos baños de sol. Desnudos cerca del tilo del jardín y cubiertos tan sólo por hojas de diario, que tal vez lo fueron de "El Diario Ilustrado", pasábamos horas en esa delicia de un paraíso. El baño de agua, entre otros, estaba constituido por una terrible máquina infernal. Se trataba de un artefacto no descrito por Nicanor Parra. Un estanque circular de lata sostenido por cuatro débiles pilares de madera que, en su parte inferior, albergaba un receptáculo donde el "bañista" se paraba. Al tirar un alambre funcionaba el mecanismo del estanque y todo el contenido de ese peso tremendo se vaciaba en una desbordante catarata sobre el cuerpo impaciente, que se sentía ahogar en un frío chaparrón que no terminaba nunca.

Fue emocionante para el niño Manuel Francisco, el ataque de epilepsia que sufrió un tío mientras leía

a la luz de una lámpara de parafina. Desde la pequeña cama lo vio desmayarse y golpearse primero contra la cómoda, saltando la lámpara lejos, y luego, en esos estertores espantosos de la enfermedad, contra las tablas del suelo. Años más tarde volvería a ese mismo impacto en el colegio de Constitución, al desmayarse por la misma enfermedad un compañero de banco. Cumpliendo con viejos edictos coloniales, transformados en pintorescas costumbres, cada vez que a una colmena se le ocurría furiosamente cambiar de morada, todos debíamos calmar esa galaxia zumbadora mediante una estridente y sostenida música: éste tocando una campanilla, aquél un fierro o un zuncho, ése otro un artefacto sonoro, hasta que las abejas se posaban en una rama como un hirviente y oscuro racimo, entre la alegría y peripecias de los perseguidores, cuya magia musical había inmovilizado a las melíferas obreras.

Cuánta cosa extraordinaria sucedía, se pensaba que venía de la Laguna del Maule. La laguna era un lugar lejano e inaccesible. Una especie de divinidad intocable. Se comentaba que allá podían verse seres que no existían en otras partes. Los flamencos, por ejemplo, sólo vivían en ese paisaje y eran descritos como los más hermosos pájaros. Una vez cerca del río apareció lo que, según adivino, debió ser una momia, y que los campesinos apodaron como "el finao achuñuncao", y se pensó que provenía de la laguna. También, en el corredor de la casa, alrededor de una de las barricas donde brotaban matas de bambú, apareció una oscura, gruesa y larga culebra, con una cabezota desafiante y

una mirada irónica. Se produjo un alboroto espantoso, hasta que por fin los campesinos le dieron muerte con palos, azadones y picanas. Para todos, ese "culebrón", había venido desde la Laguna del Maule.

En nuestros lomajes y vegas habitaban quiques, güiñas, gatos monteses, chillas, etc., y hasta creo haber visto unos animalitos como ardillas.

Distinto era el origen del toro de los cachos de oro, que tenía su morada a orillas de una laguna en lo alto del cerro Name, cerca de Cauquenes. Esa laguna era más inaccesible que la del Maule, pues si bien el Name estaba relativamente cerca, nunca nadie había podido encontrarla, aun cuando el agua fluía desde la cima. El que lograra lacear al fabuloso animal, podía estar seguro que se le abrían las puertas de la felicidad. Muchos años después, en tierras de María Ruiz Mesa, en la vertiente poniente del Name, buscando yo ese toro, conocí a un campesino que me conversó de los muchos ajetreos de esta leyenda dorada y de cómo, según decían los entendidos, debía dársele alcance al bravío toro, comenzando con un lazo de boqui y esquivando los engaños del animal, que simula lanzarse a las profundidades de la fantástica laguna.

Los campesinos contaban muchas cosas de cuatros, aparecidos, de entierros y acontecimientos de brujería. Era necesario adoptar especial cuidado al atravesar ciertos parajes más allá de la "hora de la oración", porque el "finao Peiro" podía hacer preguntas terribles, o la calchona se podía subir al anca.

Las "meicas" examinaban las "aguas" de los enfer-

mos, recetaban las yerbas y remedios, y "leían los evangelios" a las pobres guaguas que agonizaban.

Muchas de esas leyendas, y otras del mar, las recogí en mi libro de cuentos "Aún corre el Maule". El Tesoro del Manquehua, era uno de esos mitos, y que se rodeaba de especial atracción, porque intervenían personajes que habían muerto hacía poco, y otros aún existían en esos alrededores, y era un cerro que yo escalé con ese temor hacia las cosas sobrenaturales.

No tan sólo conquisté el Manquehua, sino que todas las serranías del contorno. Me gustaba alejarme de las reuniones sociales o de familia, para caminar por la soledad de la campiña. Para mirar el paisaje, contemplar y sorprender a los pájaros, los animales y el horizonte. Subía hasta las cumbres y me deleitaba observando la tierra, las quebradas, las aguadas, los árboles, y escuchaba el triste balar de los corderos o los ruidos lejanos como un mensaje que quería descifrar, o buscaba algo maravilloso e inencontrado, como hasta ahora lo sigo buscando, una ciudad nueva, una aldea, una casa perdida en la soledad, una mujer, una amiga a la cual admirar en su belleza. Más que nada era el río el que me colmaba y calmaba como una presencia solemne, y lo recorría amorosamente con mi mirada, en su serpentear en torno de los lomajes y serranías. Había momentos de plena lucidez y éxtasis en que pretendía escuchar la voz de las aguas. La amplitud, las alturas vociferantes de los Andes, me provocaban tranquilidad, me apaciguaban, y me volvían al mismo tiempo, a una

conciencia de equilibrio y de identificación con el mundo.

De este libro de cuentos, publicado en 1970, dice Hugo Montes, hablando de la Literatura desde Arica a Magallanes, en el suplemento cultural de "El Mercurio" del domingo 6 de marzo de 1977: "Aún corre el Maule" es título que Manuel Francisco Mesa pone a un libro de relatos. Frase simbólica, ciertamente, si se recuerda que el río fue navegado por Jorge González Bastías, Carlos René Correa, Efraín Barquero y tantos más. Sus aguas continúan cantando y contando, uniendo hombres y naturaleza, villorrios efímeros y trigales generosos. De cordillera a mar van los rumores del gran río. El símbolo crece hasta representar a todo el país, amplio y flexible, rural y urbano, acompañado del ferrocarril, cruzado por la carretera. Azul a veces, a veces terroso, el Maule —duramente central— corre y recorre sin destruirse, porque los ríos precisamente existen en la medida que pasan. Igual los poetas, sus poetas, los de Chile entero, que se hacen y hacen al país cuando escriben describiendo o inventando".

### III

Ruperto Andaur era un viejo campesino. Un maestro carrocerero, que trabajaba en vehículos y máquinas rurales. Había nacido en Empedrado y de niño fue pastor de rebaños de ovejas. Después guanay, tal vez de los

últimos, en el Maule, y me relató muchas cosas de la vida de los lancheros y bogadores del río. Muchos de esos episodios y acontecimientos los captó González Bastías, o los narraron Leoncio Guerrero, Tomás Montecinos, Mariano Latorre y otros.

De la Revolución del 91 tenía vagos conocimientos, pero retenía algunas coplas populares que seguramente relataban los días finales de Balmaceda. Una por ejemplo comenzaba: "Estaba Balmaceda / sentado en su balcón / cuando vinieron a avisarle / de la batalla de Concón. / Estaba Balmaceda / sentado en una silla / cuando vinieron a avisarle / de la batalla de Placilla".

Contaba que mucha gente, para la guerra del 79, se había ocultado en los montes, y lo mismo en la guerra civil, pero después habían ido a pelear.

Entre los episodios curiosos de la historia lugareña, narraba un duelo en Nirivilo. Las armas escogidas fueron espadas. Pero espadas de palo. Venció el honor del que destrozó más la espada enemiga.

Doña Valentina Salgado era una vecina nuestra en el fundo Las Mercedes. Usaba ropón y montaba de lado. Su padre se arropaba con manta de castilla en plena siesta de verano para defenderse de los rayos solares, y sostenía que el mundo acabaría en 1936. Ese mismo año se murió. Ella era adivina, minera, casi amazona, cantante, pianista y asmática. Tocaba una cueca que entusiasmaba hasta el más lerdo. Y con su voz asmática que se quedaba a veces en ciertos pasajes

altos, nos cantaba al piano canciones que ya nadie recordaba. Una empezaba: "Yo sabía de una niña / que vivía en Viña del Mar / cuando ya empezó a temblar / y entre lamentos y sollozos / escapó por la ventana / y fue a dar al Almendral".

Otra de esas canciones comenzaba: "Margaritiña mía / no digas nada a nadie / que el eco de tus besos / lo guardará la tarde".

Doña Valentina era también amiga de Jorge González Bastías y más de una vez fue el poeta hasta El Morro para detectar vetas mineras que exploraba por las laderas. Aportilló con dinamita casi todos los cerros y se ilusionaba con negocios que iba a hacer con gringos o japoneses.

Nos entretenía también sacándonos la suerte por medio de los naipes, para lo que era ciertamente muy diestra. Era una gran charladora y mostraba un excelente sentido del humor.

Aquel era el mundo de la cordillera de la Costa, de donde ha salido tanta cosa buena para Chile. Es el Chile primero, con sus casas patronales rústicas, sus admirables aldeas, su equilibrio de luz y sombra, sus valles que son bodegas de ensueños y sus bosques de nobles árboles. La cordillera de la Costa es el primer cimiento de un Chile grande y de un terruño donde florece el afecto. Ahí está la autenticidad y la raíz. Por esos rincones y lomajes encontraremos la primera raza hispánica, blanca, rubia, esforzada, que pobló nuestros campos.



## IV

Los recuerdos de mi primer Constitución provienen del kindergarten de doña Anita Palacios, a poca distancia de mi casa.

Una gran mesa central y escritorios laterales eran el amoblado de la sala escolar. Niños y niñas estudiábamos ahí las primeras letras. El castigo más grave consistía en permanecer de pie arriba de esa mesa central, inmóvil, por un tiempo interminable, en medio del sonrojo y de las risas apagadas de los compañeros, demostraciones que eran más festivas y maliciosas cuando el castigo lo sufría una niña.

Ya en mis primeros aprendizajes quedó en evidencia mi inutilidad para las matemáticas. Fue mi madre la que con paciencia me puso al tanto de esos mecanismos y laberintos. He admirado esa ciencia y sus problemas, igual que gozo frente a una pintura, a un paisaje hermoso, a una sinfonía, pero sin penetrar en sus secretos. No hace mucho, se me pidió la renuncia a una importante planta industrial en la cual me desempeñaba como jefe. Pedí explicaciones, argumentos, razones. Al fin me dijeron: es que tú no tienes mentalidad matemática.

La crisis del período de 1930 nos mostró a los cesantes de ese tiempo, mendigando por todas partes, con tarros para la comida. Y en torno de cuya situación trágica escuchábamos los comentarios del tifus exantemático.

La caída del mandatario don Carlos Ibáñez fue

también uno de esos momentos que más se grabó en mi memoria. Por esos años no se conocía la radio en Constitución y tampoco había caminos estables, de modo que en invierno el único medio de comunicación era el tren, que funcionaba siempre que el río y los derrumbes lo permitieran. Al lado de mi casa atendía el único puesto de diarios y revistas de Constitución, cuyo propietario, un señor Valdés, de figura distinguida, vestía siempre de negro. De modo que en una tarde lluviosa, esperando que el tren trajera los diarios de Santiago con todas las informaciones nacionales, se juntó un inmenso gentío alrededor de nuestra morada. El viento seguramente había destruido parte del tendido eléctrico y estaba el pueblo sin alumbrado público. Los grupos de hombres portaban faroles y pancartas. A través de los vidrios de las ventanas yo atisbaba todo ese acontecimiento, vivamente impresionado, de unos hombres nuevos y desconocidos en una actitud de combate, que gritaban cantando esta estrofa: "Queremos ver a Ibáñez / colgado de un farol / con toda su lengua afuera / pidiéndonos perdón". Muchos años más tarde, siendo yo Secretario Abogado de la Intendencia de Linares, conocí al Presidente Constitucional don Carlos Ibáñez, y con cierto temor le conté esta experiencia. El General me miró benévola y por toda respuesta me sacó la lengua.

El cura Manuel Tomás Albornoz, relacionado con mi familia, fue párroco de Constitución durante casi medio siglo, muriendo alrededor de 1906. Quizás si es éste el cura que figura en la novela "Gran Señor y Ra-

jadiablos”, de Eduardo Barrios, y que educara en su infancia al protagonista Valverde, oriundo de Empedrado. El párroco era, conforme a esa época, un hombre muy influyente en política y que tenía personalmente poder económico. El fundo “La Puerta” en el Valle de El Morro, le pertenecía por familia, y en la Capilla del lugar veneraba un cuadro o imagen de la Virgen de las Mercedes, destruida después por terremotos. El viejo Ruperto Andaur, que lo conoció, recordaba que tenía muchos animales y que los cuatreros aprovecharon en cierta oportunidad, en que el cura estaba celebrando una misa solemne, con toda la gente del lugar, en honor de su Santísima Virgen, para penetrar en esos campos y echarle el lazo a los piños. Pero avisado don Manuel Tomás de la presencia de los bandidos, suspendió la misa y la ceremonia y montando su caballo, aún con sus paramentos y casullas, ordenó a huasos y feligreses que lo siguieran. Al frente de su mesnada corrió y apresó a los infelices, obligándolos, antes de entregarlos a la justicia, a que concurrieran a la continuación del suspendido acto litúrgico. Con todo, fue el cura Albornoz un hombre que, al parecer, educó a muchas generaciones, e influyó grandemente en la vida honrada y tenaz de los maulinos, dotándolos además de una ingenuidad que en parte ya le habían entregado los vascos fundadores de la ciudad. Hay varios botones de muestra.

El primero es que los maulinos hayan creído siempre en las obras públicas que dotarían a Constitución de un excelente puerto.

La procesión de San Pedro por el río, rodeando toda la isla Orrego, era una fiesta que aun cuando hubiere “crecida” debía realizarse a riesgo de inmensas calamidades y de un fracaso total de trabajo para los pescadores.

El padre Tadeo, famoso en todo el territorio nacional por sus curaciones naturistas y naturalistas, tuvo en Nueva Bilbao uno de sus campos más activos. Toda la vecindad lo visitaba y cree hasta hoy en la efectividad de su método. A los enfermos de pulmonía los hacía levantarse y caminar al amanecer descalzos sobre el rocío del césped. El poeta Eusebio Ibar había satirizado algunos pasajes de la vida del fraile.

Otro padre capuchino, el “Padre del Queso”, aplicaba un tratamiento sumamente extraño. El mismo fabricaba unos quesos duros y redondos, de distintos portes, que aplicaba de menor a mayor según si la enfermedad era de poca o mucha monta. Estos quesos duros, redondos y blanquecinos que portaba en unas bolsas, los hacía correr una y otra vez aplastándolos sobre la parte del cuerpo que dolía o donde estaba el germen del mal, a ras de la piel. A mí personalmente me aplicó en la cara uno de esos famosos quesos. Recuerdo que estando de niño en casa de una vieja pariente vecina, la “tía Clorinda” a quien fue a medicinar nuestro capuchino, y como seguramente viera que andaba resfriado, hizo que me acostara en una cama y ahí estuvo sobándome la cara con un queso chico, mientras se sonreía de su invención.

También el capuchino Bienvenido de Estella —el

Galeno Andino— encontró en Constitución una audiencia increíble, curando a la gente con yerbas, póci-mas y elíxires. Cuando yo ando por el campo, me di-jo un día, en mis trabajos de recolección de yerbas o insectos, no me doy cuenta por donde camino. Se ha dado el caso que he atravesado ríos sin nadar y me he sumergido en ellos caminando sin darme cuenta. Al ver mis ropas mojadas, al salir al otro lado, he visto que he atravesado un río.

Un acontecimiento que se recordaba con unción, había sido el entierro del poeta Armando Ulloa, cuyos restos habían sido trasladados al cementerio, en bote, seguidos de una caravana mortuoria, bella y triste, de embarcaciones.

Un distinguido “beato” era muy respetado, por-que en los cruces de todas las calles miraba hacia el cerro Mutrúm e inclinándose se persignaba: era su ma-nera de rendirle tributo a la imagen de la Virgen que se divisaba desde todo el pueblo.

Los trastornados eran una curiosidad y un temor. El loco “de la Cruz” se creía Cristo y predicaba en la Plaza de Armas. Los escolares lo íbamos a escuchar por divertirnos y los más listos le hacían preguntas. Uno le propuso que si era Cristo por qué no camina-ba sobre las aguas. El se entusiasmó con la idea. Y fui-mos todos al muelle, que después se lo llevó la “ave-nida” de 1953. El loco se metió al río, pero el milagro no surgió, y tuvimos que desaparecer despavoridos an-te el casi ahogamiento del falso Cristo.

El loco Ramos pasó un día frente al colegio pre-

guntando si habíamos visto pasar por ahí a una persona corriendo. El hombre temblaba de pavor. Mi amigo Enrique Astaburuaga, tomando la palabra, le dijo, para que se fuera, que precisamente recién esa persona había dado vuelta la esquina, huyendo. El insano, entonces, se enfureció, y sujetando de los brazos a nuestro compañero, comenzó a castigarlo sin piedad y de manera espantosa, gritándole: "Tú fuiste el que mataste a Juana de Arco, asesino, la historia te reclama, quemaste a la Santa... Te llevaré a la policía". Y lo arrastró por más de una cuadra ante el espanto y la impotencia de nosotros y del público, hasta que lo entregó al "escuadrón" de Carabineros. Por supuesto que Astaburuaga no quedó preso, felizmente. Pensábamos que Juana de Arco era una señora de Constitución.

El llamado Cristo de Elqui también solía visitar Constitución. Más de una vez recuerdo haberlo visto en el tren. Pero era tranquilo y silencioso. Vestía como un capuchino. No molestaba. Fue la primera vez que supe que había un lugar llamado Elqui, y que de ahí provenía este extraño ser.

Lo más sorprendente aconteció un día 28 de diciembre. Un bromista echó a correr por el pueblo que había aparecido en la playa, junto a la Piedra de la Iglesia, una hermosa sirena. La mitad del pueblo se movilizó corriendo ante tan maravillosa noticia y ante la evidencia que ciertamente había una sirena de carne y hueso esperándolos en las arenas mitológicas de las "playas negras".

En ese tiempo a Constitución le quedaba una atmósfera naviera. A pesar que las obras del puerto habían fracasado, entraban por la boca del río algunos pequeños barcos. Si en mi casa se preguntaba cómo sucedió el nacimiento de los 12 hermanos, se nos contaba que en tal o cual barco. Yo, por ejemplo, había llegado en un vapor que se llamaba "El Perico". Otro había llegado en "El Laguna", que después naufragó en la misma bahía recién construida.

Los astilleros de faluchos conservaban su tradición y nos atraía ver a calafates y maestros trabajando en las quillas y cuadernas. Era hermoso ver a los faluchos cargados meciéndose en el río, para después llevarlos mar adentro, donde abrían sus velas cuadradas. Siempre quise embarcarme en un falucho y vivir la experiencia de sus viajes. Ese amor me llevó más tarde a escribir el soneto "A un falucho", incluido en mi libro "Prolongando el río".

Los inviernos y tempestades eran horriblos. El río amenazaba constantemente con inundaciones. Otro tanto el llamado estero de la Alameda que se metía hasta en los dormitorios llevándose muebles y menajes. El viento derribaba los árboles de la Plaza o volaba los techos. El tren se suspendía. El pueblo quedaba sin teléfono ni energía eléctrica. Sentíamos en la oscuridad de la noche cómo flotaban en el aire las planchas de zinc para azotarse en los muros y calles, mientras el vendaval desplegaba su velamen.

Un día 8 de diciembre, cuando la feligresía estaba terminando la procesión a la Virgen, en la cumbre del Mutrúm, pudimos ver uno de los más tristes y fatales sucesos. Ahí abajo en la temible barra del río se estaba hundiendo el barco "El Castilla".

Encallado en los bajos arenosos, la corriente lo tumbaba. Después se fue hundiendo poco a poco hasta quedar a la vista, por mucho tiempo, sólo su cubierta y chimeneas batidas por las aguas.

Las ruinas del recinto portuario, de lo que pretendió ser puerto marítimo, nos impresionaba como una obra fabulosa. Ahí estaban los molos desafiando al mar hasta que lo obligaron a retirarse, los bloques de cemento, abandonados como cetáceos inexplicables, mientras el aire salino los mordía con hambre. Unas grúas o máquinas inmensas se levantaban aún para mirar la desolación, pero prontas para reiniciar las tareas, en una espera que se prolongaba eternamente. Toda esa faena y esas máquinas eran las causantes de la destrucción de muchas hermosas rocas, y de todo el ambiente paisajístico y natural que tanto celebraron los pintores, escritores y artistas de otros tiempos. Mi familia, con el padre a la cabeza, todos los días domingos en la tarde, como un ritual, solía pasear por esos lugares o establecerse en una de las playas. La gente llamaba a esas máquinas con nombres sonoros y tremendos, que quedaban resonando: esa es el Goliat; esa otra es el Titán. Esos nombres míticos, más la historia de aquella sirena; el hecho que en Constitución, en los extremos de oriente y poniente, hubiese una calle llamada Esparta



y otra Atenas, y finalmente a que desde el campo de El Morro yo viese continuamente a la aldea y estación ferroviaria de Corinto, la antigua Pocoa, fue como habituándome a suponer que estaba en un país mitológico o de la antigüedad, afirmando esa conciencia con todos los otros acontecimientos de mi vida. Asimismo en esos lugares, entre la roca de Las Ventanas y la del Lobo, en lo que se llama la Poza, estaba agónica sobre un pedestal de piedras, la estatua del dios Mercurio, cuyos trances cuenta Mariano Latorre en "Puerto Mayor". Alcanzamos a conocer la imagen divina y los escolares nos entreteníamos dándole peñascos al bronce, que sangraba sus últimos brillos antes de volar definitivamente de esas costas.

En uno de esos días de paseo me sorprendió mientras jugaba en la arena, una inmensa ola que, rodeando una roca, volvió al mar arrastrándome sin que yo pudiera sujetarme. Si no es por uno de esos antiguos fotógrafos ambulantes que por ahí pasaba, y que alcanzó corriendo a quitar la presa al torrente, habría sin duda perecido en el torbellino. Muchos años después me acordé de ese buen fotógrafo, cuando en la Plaza Victoria de Valparaíso, en el torbellino de la luna de miel, otro de esos mismos "artistas" salvó esa jornada en una memorable fotografía de máquina de cajón.

Los que estudiábamos en el colegio de los Hermanos Maristas teníamos la obligación de ir formados a la iglesia parroquial domingo tras domingo. En esas misas fui descubriendo a una mujer joven que ocupaba siempre un sitio próximo. La recuerdo con un esco-

te a su espalda y una piel sensual reluciente, blanca, que me subyugaba inocentemente. Su presencia me atraía más que el altar, y pasaba de seguro gran parte de la ceremonia preocupado de seguir sus movimientos y actitudes. Esos sorprendidos sentimientos se apoderaron mucho de mi adolescencia y juventud, y por supuesto que tenía un motivo más, poderoso, para no dejar de asistir a la misa. Sólo pude saber que era una mujer de origen italiano. Años más tarde, mirando libros y después conociendo Europa, y visitando las galerías y museos del Vaticano y de Florencia, pude comprobar el maravilloso parecido de aquella mujer con el rostro del Dante, pintado por Rafael. Con aquel incienso adolescente, el Alighieri había aromado mi camino, escogiéndome para la vida poética, adoptando el disfraz de una Beatriz nueva e iluminada.

En el colegio de los Maristas tuve dos compañeros, hermanos de apellido Capelli, cuyos nombres se me revelarían, después, en su gran significación: Dante y Virgilio.

Mi admiración por el Dante ha sido espontánea y sin reservas. He reunido alguna iconografía de él. Debo contar esta anécdota: en su patria quise obtener una estatuilla y, después de algunas indagaciones, me señalaron un mercado popular y artesanal: el Mercado de la Paja. En la estantería de un comerciante divisé un pequeño busto del poeta sobre una base de ónix. En una mezcla de italiano y español pregunté por la figura. El joven comerciante levantó los brazos y la voz, exclamando en su lengua: "¡Oh, preguntan por el Dan-

te! ¡Alguien ha venido a buscar al Dante!", seguida de otras exclamaciones teatrales que indicaban su alegría y sorpresa porque alguien, además de extranjero, preguntaba por el gran florentino. Luego comenzó a declamar trozos de la "Divina Comedia" con gran estupefacción de mi parte y de no poco gentío que me rodeaba y de otros comerciantes curiosos que se acercaron a ver en qué consistía tanto alboroto. Mientras tanto, no sabía yo qué partido tomar y si me encontraba frente a un exaltado, haciéndome cómplice de un desorden público. Después de explicar a los curiosos que yo me quería llevar al único Dante que le quedaba, y que él con gran dolor iba a entregarme, me exigió una buena cantidad de liras, que desde luego pagué para marcharme pronto. Pero al despedirme, el joven y poético hombre me pregunta en perfecto español: ¿Es Ud. chileno? Y ante mi nueva sorpresa me explica: es que yo también soy chileno.

En esa misma oportunidad, visitando la que se supone "Casa de El Dante", cayó un rayo sobre Florencia que nos dejó a oscuras y entre frías tinieblas. Llegamos a pensar que estábamos en El Infierno.

No hacía mucho que el río Arno había causado estragos en museos y monumentos de la ciudad, evocándome recuerdos del terruño.

En su Ponte Vecchio adquirí dos nuevas argollas nupciales, que reemplazamos por las antiguas. Nunca se han grabado, porque el amor no necesita marca ni fecha, y porque así quisimos honrar ese imperecedero encuentro, en esas cercanías, hacía siete siglos, en-

tre Beatriz y Dante, que sólo se consumó en la eternidad.

## VI

El río, en Constitución y a lo largo de su trayecto, es un elemento vital, pero también amenazador. Para algunos Maule —maulefú—, significa río de las nieblas; para otros, es el río de las lluvias. La verdad es que puede significar las dos cosas. La niebla se encajona en su lecho y cuando las lluvias interminables riegan sus afluentes, que vienen de lejanas latitudes de bosques y cordilleras, crece como un gigante potencialmente rebelde, de lomo encorvado, arrastrando animales, troncos, árboles, techumbres, botes. Y en la barra, luchando contra el mar, se empeña en una guerra verbal y definitiva. Por eso el canto de la barra era indicador, según sus sonoridades, del buen o el mal tiempo. Toda esa vida y su significación, quise esenciarla en mis “Romances del río Maule”, incluidos en el libro “Brújula Celeste”.

Como antiguo Puerto Mayor, Constitución había albergado mucha sangre extranjera. Podía mostrar una conciencia en cierto modo pueblerina, pero cosmopolita. Los muertos se distribuían según raza y creencias, en la seguridad que los muertos siguen creyendo. Unos iban al Cementerio Católico. Otros al Cementerio General. El primero junto al río. El otro mirando el océano. Pero los ingleses tenían su propio camposanto. El

Panteón de los Ingleses, en lo alto de los cerros de la playa, dominando el mar y los horizontes.

Entre los compañeros de colegio, o entre los amigos, surgían apellidos de las más diversas nacionalidades europeas, especialmente de origen francés: Letelier, Favereau, Court, Picand; o ingleses, como Aylwin, Wilder, Marshall, Granzow, Bell; o alemanes, como Schepeller, Donn, Treuer, Steding, Waimann, Doggenweiler; italianos, como Negri, Chiorrini, Morelli, Marzano, Motta, Rozzi, Figari; catalanes con apellidos tan sonoros como Soldevila; y de los pocos apellidos vascos que quedaban: los Ibar, los Susarte y los Astaburuaga.

A pesar del aislamiento de la ciudad del resto del país, había una vida cultural. Los colegios rivalizaban en actos literario-musicales, en exposiciones, en representaciones teatrales. En uno de esos actos escuché a una joven rubia, profesora, Elvira Collados, recitar el poema: "Capitán / padre mío, Capitán de navío..." que repetí mentalmente durante gran tiempo. Más tarde supe que su autor era el poeta de San Javier, Raimundo Echeverría.

En el cine podíamos reírnos con las musarañas de Chaplín; quedar embelesados con los encantos de Joan Bennet; seguir a Tarzán en sus andanzas; y combatir con los cow-boys Buck Jones y Tim Mac-Koy, en interminables seriales que a veces se cortaban porque el tren no llegaba. Lo mismo ocurría con la revista "El Peñeca", que sábado a sábado esperábamos con impaciencia. Roxane era absolutamente de nuestra devoción y

las ilustraciones de Coré nos acrecentaban esos sentimientos. También nos acompañaban los libros de Salgari y los hermosos cuentos de Calleja. Estos eran unos pequeños libros, de formato reducido, que yo los tenía en grandes cantidades y que se podían adquirir en las librerías. Eran cuentos de aventuras, de imaginación, de hadas, y de diversa naturaleza, que llenaban nuestra fantasía y encantaban por su temática irreal. Nunca más he sabido de "Calleja". Entiendo que éste era el editor, y jamás he sabido dónde fueron a morir todos esos hermosos y pequeños libros que me acompañaron por tanto tiempo. Pero otro texto que también nos interesaba y que leíamos con afán igual, como si se tratara de la mejor de las aventuras, era la Historia Sagrada. Ahí me encontré por vez primera con el profeta Elías, cuya historia de su carro de fuego me llenó de grandes preocupaciones y ambiciones, porque había sido capaz de ejecutar una proeza tan grandiosa como nadie. Elías sin morir, venciendo a Icaro, había ido hasta donde tan sólo van las personas que han muerto. Esta historia me llenó, como digo, de una inmensa satisfacción y esperanza, porque alguien había podido hacerlo. Además, todo eso era hermoso. La maduración de ese sentimiento pudo, más tarde, florecer en un libro en que, siguiendo la huella del profeta Elías, también el poeta se remontó al cosmos para contemplar a la Tierra y al Hombre unidos en un destino común de resurrección. El libro se llamó precisamente "Carro de Fuego".

Por esos años falleció una anciana pariente, vecina

nuestra. Su agonía duró muchas horas. La veo de espaldas en su lecho, con rostro cadavérico, y aún escucho sus profundos estertores y ronquidos que anunciaban la muerte que venía. Este acontecimiento me intrigó enormemente, pues no comprendía bien eso de la muerte, y era primera vez que me enfrentaba a ese fenómeno.

Ya en ese tiempo comencé a dar demostraciones de querer convertirme en un poeta. En las fiestas familiares leía versos alusivos al onomástico o a otro acontecimiento. Buscaba la gracia y la rima. Por ejemplo, había poemas que terminaban: "Y aquí retumbó el eco / de la familia Mesa Seco".

Sin duda, que yo recuerde, mi primer poema lírico lo escribí entre los 10 y 11 años. Se llamaba "La Paloma". No está hasta hoy en ningún libro, pero lo publicó "El Heraldito", de Linares, hace algún tiempo.

También en esa época murió un compañero de colegio y nos pidieron que redactáramos una nota necrológica, para publicarla en un periódico local. Mi trabajo fue desestimado por demasiado lírico.

Me enamoré en la adolescencia y por mucho tiempo, de una muchacha de apellido inglés. Blanca, pelo negro y ojos azules. Decidí enviarle unos versos. Mejor no lo hubiera hecho, pues el sistema no funcionó bien y el poema llegó a conocimiento de sus padres, quienes estimaron altamente peligroso mi lenguaje. Hablaron del asunto con mis padres. Era el primer gran susto que me llevé por cuestiones de amor. Pero en mi hogar fueron más comprensivos.

Desde entonces no he dejado de creer en la poesía. No sé si mis escasos lectores y los críticos creen en la mía. Pero en verdad debo confesar que he tenido por lo general, buenos comentarios. Cómo agradecerle a tantas personas de Linares, de Talca, de Chillán de Curicó, de Valparaíso, que han aplaudido mis poemas. Cómo agradecerle entre otros, a Matías Rafide, a Carlos René Correa, a Hernán del Solar, a Andrés Sabella, a Vicente Mengod, a Fidel Araneda Bravo, a Suetonio, a Francisco Santana, a Hugo Montes, César Díaz, Aníbal Jara, Germán Barros, Edilberto Domarchi, Jaime Martínez, Pepita Turina, Gonzalo Orrego, Hernán Poblete, Alfonso Larrahona, Augusto Santelices, Emma Jauch, Pedro Olmos, Miguel Moreno Monroy, al crítico español Fernando Allue y Morer y a tantos más, que me han estimulado y comprendido en este quehacer...

Permanecí en Santiago un tiempo estudiando en el colegio San Ignacio. Ahí tuve la dicha de conocer al Padre Francisco Dussuel, que fue mi profesor de castellano. Conservo los cuadernos de composición con anotaciones suyas, donde escribió palabras alentadoras y prometedoras. De él también recibí, a raíz de mi primer libro, "Volantines", editado en 1954, la primera crítica pública en "Atenea", donde se refiere a los poetas Fernando de la Lastra, Matías Rafide y a mí. También me comentó en "El Diario Ilustrado", mi libro "Brújula Celeste", junto a otro del poeta Miguel Arteche, aparecido en ese mismo tiempo.

En los Maristas de Rancagua, cuando aún vivía



Oscar Castro, tuve igualmente un excelente profesor de castellano. El Hermano Belarmino, que enseñaba además filosofía. Supimos de la existencia de Oscar Castro, porque al celebrar la ciudad sus 200 años de vida, hubo un concurso poético que ganó nuestro profesor. El segundo lugar fue para el poeta Oscar Castro. Compañero de estudios en ese colegio fue el dramaturgo Fernando Cuadra.

Rubén Campos Aragón, poeta de Linares, y Augusto Santelices, poeta del Mataquito, amigos verdaderos, y de rápida imaginación y conversación ingeniosa; el pintor Pedro Olmos, folklórico y punzante, su mujer, la poeta y pintora Emma Jauch, inteligente y sin dobleces, han sido personas que he frecuentado o que me conocieron más profundamente.

No he dejado de creer en la poesía porque con mi libro de poemas en prosa "Páginas a una Novia", pude convencer a la que sería mi mujer, que yo tenía un verbo creador; en Rancagua los compañeros me pedían poemas para sus pololas, y nunca supe de algún reclamo; y en Linares, cuando se les ocurrió llevarme de candidato a Regidor, los campesinos, en vez de discursos políticos, me pedían que les dijera poesías, y así fue como resulté vencedor. Eric de Bisshop, en la despedida que le dieron en Constitución, dijo que su balsa estaba llena de inscripciones poéticas, y que nunca había conocido un pueblo con tanto sentido poético como el maulino. La verdad era que el francés no dominaba mucho el español o el chileno, pues la "poesía", que él creía ver, eran sólo "garabatos" bien criollos.

Quizá esa creencia lo mantuvo a flote por mucho tiempo en su "Tahiti Nui".

Mi primer galardón poético lo obtuve en un concurso organizado en la Universidad Católica de Santiago, donde yo estudiaba Derecho. Me dieron el primer y segundo premios, unos libros de Rodó que me entregó el Embajador del Paraguay, y que fue el patrocinador del concurso.

También en ese tiempo publiqué mis primeros poemas en una revista de la Escuela de Leyes.

## VII

Los hijos comenzaron a llegar en forma dadivosa. De pronto Carmen Latorre Barceló me dijo: este es el doceavo hijo. Por cada hijo que nacía yo escribía un libro, que era como la marraqueta que dicen que traían antiguamente los hijos al nacer. Pero este último, que también llegó con su libro, aunque la "marraqueta" se demoró, porque era difícil construir la "Ciudad del Poeta", hubo que ponerle un nombre que denotara su condición de último. Lo más hermoso es poner nombre a las cosas, como le ocurrió probablemente a Adán en el Paraíso Terrenal. Hasta Eva y la serpiente le ayudaron. Es la primera función del poeta: nombrar su mundo. De modo que le dije a mi mujer: tendremos que imitar a Jacob y llamar a la nueva criatura Benjamín. Es así como me iba convirtiendo en creador y criador.

El primer hijo se llamó Manuel Tomás, en recuerdo de mi padre. Después vino María de la Paz, por amor a mi madre que se llama María, y porque es una persona dulce y pacífica; luego llegó Pablo de Linares, porque en mi Región del Maule estaban el Pablo de Parral, y el de Licantén, y además, Pablo de Tarso es uno de los personajes puntales de la cultura cristiana; Carolina fue nominada antes que las princesas en recuerdo de nombres familiares; Xavier del río, debió llamarse Xavier del Maule, porque fue concebido a orillas del río; Fabián Egeo se llamó el sexto hijo porque ése había sido mi seudónimo en mis tres primeros libros, y al escribir con mi nombre, quise perpetuar ese otro de esta manera; después nació Francisco, en homenaje al santo de Asís, y para que no se perdiera mi segundo nombre de pila; a Bernardo le pusimos así porque yo, que nací en un 20 de agosto, casi me llamé Bernardo; el número ocho de los hijos es Julián, porque es un nombre muy hispánico y también de mucha figuración en leyendas y novelas francesas. Siempre que he usado en algún concurso el seudónimo de Julián, he obtenido un galardón. Luego nació Alvaro, que es un nombre con mucha tradición maulina, y que ha resultado escribir poesías desde temprana edad; y el décimo primero es Roberto, en recuerdo de otros dos Roberto: Roberto Moreira, que fuera Obispo de Linares, gran amigo, y Roberto Meza Fuentes, gran poeta y pariente que siempre a través de sus cartas y afectos me alentó en esta vocación creativa.

Y la docena está completa.

Mi padre, aun cuando menor, había sido compañero de Pablo de Rokha en el Seminario San Pelayo en Talca. Esta circunstancia la supo el poeta más tarde y la explotó sentimentalmente para llegar a mi casa y venderme libros y cuadros. Celebro todo esto y me alegro que así acurriera. Mario Ferrero, a quien le conté estas historias, las cuenta por ahí a su vez.

Era Manuel Tomás Mesa un hombre con mucha sensibilidad y que amaba lo poético y lo literario. Sabía relatar muchas cosas de otros tiempos y anécdotas de sus años de estudiante. Recordaba poemas que le enseñaron en el Seminario y siempre estaba leyendo algún libro. En los últimos años de su vida tenía en su velador un texto como "Preparación para la muerte".

Había aprendido latín y conocido los clásicos. Un autor que nos daba a leer era Chateaubriand, especialmente en "El Genio del Cristianismo". Se preocupaba que leyéramos. Otro libro que estaba a nuestro alcance era "Los Últimos Días de Pompeya", por Bulwer-Lytton.

Recitaba la Historia de Roma en versos; donde por ejemplo, se mencionaba al Emperador Otón, rimaba con "comilón". A pesar que sentía admiración por lo poético y por la belleza, porque tenía un don estético, nunca escribió un poema y le era difícil la poesía, pues se emocionaba con facilidad y ello lo confundía para expresarse. Contaba que en el Seminario, sabiendo el profesor esta dificultad, le dio como tarea que escribiera un soneto. Recurrió entonces a un compañero

que se destacaba por sus condiciones líricas, de apellido Silva, primo del que fuera Director de "El Diario Ilustrado", don Luis Silva, y se presentó al día siguiente a clase con un soneto a la madre muerta, que comenzaba: "Huyó el ángel de paz y de cariño / de su tranquilo hogar que ahora es triste..." Y el profesor no podía creer en tal milagro, por lo que le preguntó tres veces, públicamente, y mi padre respondió que efectivamente él había escrito el poema. Quedó así consagrado como un nuevo y buen poeta.

Escuchándolo aprendí en la juventud, casi completo, "El Vértigo", de Núñez de Arce. Recuerdo emocionado la estrofa inicial, y también otra: "Una noche. Una de aquellas / noches que alegran la vida / en que el corazón olvida / sus dudas y sus querellas / en que lucen las estrellas / cual lámpara de un altar. / En que convidando a orar / la luna cual hostia santa / lentamente se levanta / sobre las olas del mar".

Otro poeta a quien mencionaba era al colombiano Isaías Gamboa, que estuvo en Chile a comienzos de siglo, y del cual recordaba su poema "Ante el Mar". La estrofa final dice: "¡Leve el barco! Si está escrito / que perezca lejos solo y olvidado, oh infinito / mar, recíbeme y sepúltame en el fondo / de tus lóbregas entrañas, lo más hondo, lo más hondo / tal que nadie pueda hallarme ni turbarme / nunca más! / Y al arrullo de tus olas, cadencioso como un canto / duerma yo mi último sueño misterioso, bajo el manto / de tus candidas espumas, de tus iris, de tus brumas, / ¡verde mar!"

Generalmente estos recuerdos y declamaciones se

efectuaban de noche, en el verano, en una loma cercana a la casa, que dominaba el pequeño valle. Bajo un inmenso y viejo espino que hacía las veces de glorieta, nos esperaba un antiguo escaño. Desde ahí podíamos sentir el transcurso del río; emocionarnos ante el hermoso firmamento; sus constelaciones e infinitos astros; percibir los ruidos de la noche; los gritos de los pequeños y mochuelos; y contemplar los fugaces celajes de la cordillera andina.

Ese mirador era parte de nuestra casa. Una dependencia más, aunque estaba algo distante.

Ahí también mi padre cantaba "a capella" con una voz "gregoriana", porque la tranquilidad de la noche, la quietud del campo y los recuerdos, lo hacían expliarse y manifestar sus sentimientos. Una de esas canciones decía: "matita 'e poleo en vega / que obrara con reposo / así conseguiría / lo más dificultoso".

Otra melodía en una de sus estrofas tenía esta letra: "En un caballo alazán / luciendo su rico apero / va galopando altanero / el gaucho José Julián".

Recordaba igualmente un poemario largo que recogía una conversación de las aves. Un fragmento, que a su vez lo transcribió Oreste Plath en su libro sobre los pájaros, dice: "Qué harán en mi casa / dijo la torcaza. / Se acordarán de mí / dijo la perdiz / como no se han de acordar / dijo el zorzal / no se acuerdan nunca / dijo la turca".

También un vals que en parte cantaba: "Era una noche de enero / lejos se oía llorar / lejos más lejos se oía / el murmullo de las aguas del mar".

Pero la canción que más le agradaba, en un ritmo de vals y habanera, decía: “Era el tiempo en que yo construía / en el aire un soberbio castillo (bis). / Vino el viento con mano traidora / mi castillo rodar lo miré (bis). / Desde entonces yo haciendo la guerra / a mi triste y cruel parecer (bis) / he jurado no alzar en la tierra / un castillo que pueda rodar (bis)”.

Escuchábamos muchas otras canciones aún conocidas, como la cueca “Caramba la boliviana” o “Ya viene la boliviana”; “Han visto pasar mi negra”; “Veinticinco limones tiene una rama”; “Al pasar por el puente de Santa Clara”; “A las cuatro ’e la mañana, sí señorá”.

Eran los tiempos en que en la mayoría de las casas había piano. Para afinar el de Constitución o el del campo, se contrataban los servicios del buen catalán Serra, que después de muchas reparaciones y afares y de días de inusitada fiesta, quedaba el instrumento en condiciones aceptables al oído. Entonces el afinador se transformaba en músico y comenzaba con un concierto que duraba horas y horas, golpeando las teclas con tal furia y pasión separatista, que el trabajo de afinamiento debía ser recomenzado al día siguiente. Al fin el piano quedaba en condiciones para que lo usara doña Valentina Salgado, alguna tía, o mis hermanas, que deleitaban a las visitas con las “Ondas del Danubio” o con ejecuciones a cuatro manos, que era la mayor gracia y atención que se le podía dispensar a un huésped de importancia.

Uno de sus más grandes y buenos amigos fue el

poeta Jorge González Bastías. Su casa se levantaba en las cercanías de la antigua estación ferroviaria de Infiernillo, hoy con el nombre del poeta, de manera que *no era lejos, pues quedaba de por medio sólo la Estación Curtiduría*, pero el río nos separaba. Gracias a ese contacto conocí al cantor de "Las Tierras Pobres", con quien departí en memorables jornadas, conociendo su casa y escuchando relatos de antiguas tradiciones y leyendas del Maule. Su amistad, su palabra, me dieron apoyo y posibilidad para mi tarea. En mi hogar se comentaban los libros de González Bastías en su parte literaria y en el trasfondo con que estaban escritos.

Cuando el Grupo Fuego de la Poesía inauguró en el jardín de esa casa, un busto del poeta, hace como 25 años, pude hablar de su verbo con pasión, afecto y sabiduría, porque penetré en alguna medida en esa alma noble e inteligente.

## IX

"Volantines" fue mi primer libro de poemas, casi todos escritos en la juventud y por eso faltos de técnica, pero sí llenos de sentimientos puros hacia las cosas del campo, los amigos y los primeros amores. Vio la luz en Linares en 1954. El poema "A una tinaja", creo que puede salvarse. Pero mi alegría mayor fue que se me llamó "poeta", cuyo título me parecía, como todavía lo creo, demasiado grande.

Apareció después "En este litoral de las cosas o Páginas a una novia", poemas en prosa, en 1955.



En 1956 cuatro poetas de Linares publicamos en conjunto un libro que se llamó "Poemas a cuatro voces". La sección mía se tituló "El árbol de la vida" y contiene tal vez el germen de lo que es mi poesía: el amor, las cosas del terruño, la raíz mística o trascendente, la familia y la historia.

"Brújula Celeste" se publicó en 1957 y fue el libro que me conquistó un lugar cierto en el combate poético. Canto ahí con pasión el entorno maulino y a las personas que se adentraron en mi alma o que determinaron mi existencia.

"Atmósfera", en 1960, es un libro que canta a la naturaleza y al amor.

"Carro de Fuego" despegó en 1961. Digo ahí que "creo más en la fantasía que en la razón, más en la profecía que en la dialéctica". Se trata de un canto y coro fantástico dividido en tres partes, donde pongo a prueba mi imaginación para conformar un cosmos metafísico, cuyo destino es el mismo que el del hombre: traspasar el tiempo para que todas las cosas entren en la eternidad paradisíaca. Seguramente el lenguaje de este gran poema, digo grande por lo ambicioso, será tildado de barroco por el recargamiento de imágenes y metáforas.

"Mundo Vecino" vuelve en 1961 por la senda de "Brújula Celeste", buscando la identidad con el mundo del Maule.

En 1967 publiqué una jugarreta lírica con el seudónimo de John Cristal. El libro se llamó "Sonetos Alfabéticos", donde fuera de los sonetos hay versos lúdi-

cos. Era más que nada una disciplina y un trabajo de humor. La invención consistía en escribir un soneto en que el sustantivo, adjetivo, verbo y otras palabras comenzaran con la misma letra inicial. Así, por ejemplo, en el soneto de la Q digo en el primer cuarteto: "Quién quebró mi querencia con quejidos / quién quebró la quietud de mi quimera / quién quemó mis quijotes, oh quienquiera / quietamente el quebranto mío quiso".

Este seudónimo de John Cristal, no lo traspasé como el otro, a uno de mis hijos. Es un personaje, un amigo bueno y burlón, que vive junto a mí.

El mismo año 1967 sale a navegar el libro "Prolongando el río" donde, desde un plano de cierta filosofía, poetizo acerca de cómo se prolonga la vida más allá del tiempo, entrando al océano intemporal. Analizo la existencia misma. Me preocupa la vida también desde un punto de vista histórico y me sitúo en mi condición de habitante de América.

"Versos Lúdicos" en 1970, está en la línea de los antipoemas. Sin dejar de lado un contenido de fondo, se ironiza sobre la vida provinciana. Aparece ahí también una duda ideológica, y se apremia a la cultura tradicional.

En 1971 le corresponde el turno a "Dos puntas tiene el camino", que contiene un claro sentido social, de amor al prójimo y a la comunidad nacional, fortalecido con un pensamiento cristiano. Las dos puntas son los extremos del caminar humano, desde lo primitivo hasta lo evolucionado.

Y en 1973 construyo la "Ciudad del Poeta", que al igual que "Carro de Fuego", es un largo poema dividido en tres cantos, donde pretende el artista construir para el hombre una ciudad moral y estéticamente ideal, utópica y por lo mismo no imposible. Es el hombre desnudo de odios, envidias y rencores que en posesión de la ciencia y de la técnica levanta para la humanidad un mundo nuevo y hermoso, bueno y perdurable.

Fuera de esta obra poética publiqué los cuentos de "Aún corre el Maule" en 1970. En 1965 había escrito una monografía de carácter histórico: "Proyección histórica de la Provincia de Linares", y en 1976, el Teatro de Ensayo de Linares estrenó en Linares y Talca un drama que había escrito años antes: "La Balsa", donde a partir del hecho de otras tantas balsas, "Tahiti Nui", "Kontiki", "Kantuta", etc., me adentro en el destino de América y en la salvación del mundo por la Poesía y la Historia, que se identifican en nuestro acontecer.

En 1947 había publicado en la Universidad un trabajo de Seminario: "El comunismo ante la ley chilena", y mi Memoria de Prueba versó sobre "Comentario al Código de Etica Profesional del Abogado", que la Editorial Jurídica de Chile publicó en 1951.

## X

Algunos han pretendido encasillarme en la generación de 1950. Creo en verdad que no pertenezco a

ninguna generación ni escuela. He seguido mi propio cauce. Puede ser que algunos de los problemas e inquietudes sean comunes a los escritores de un mismo tiempo. Pero es distinto el modo de enfocarlos, de traducirlos al lenguaje poético, de crear y de creer en el hombre.

En todo caso, pienso que pertenezco a una generación dramática. Tal vez sea el drama de toda generación, pero a la nuestra le han sido derrocados muchos de sus grandes valores. O por lo menos, de lo que ella tenía como valores de la existencia. Las guerras, los movimientos ideológicos, la tecnología, el desarrollo del mundo, la violencia, etc., han ido echando al desván costumbres, ideas, principios y categorías que en otros tiempos se les tenía como absolutas, ciertas o perdurables. Ahora se desconoce todo ese cimiento que sirvió a esta generación para nacer al mundo y para elevar su estandarte. Llegan entonces el escepticismo, la duda, la frustración, la decadencia, a menos que se siga buscando con tesón, con esperanza, una salida a ese laberinto. Recogiendo de las ruinas los elementos vitales para empezar nuevamente el camino y entregar a los que vienen una semilla de poesía y de amor. Sin duda, el mundo está en constante renovación, después de todo, y es difícil entender que no se debe ser intolerante, arbitrario o absolutista. Lo importante es seguir la orientación de las estrellas y no perdernos en los tramos en que nos cubre la niebla.

Mi posición estética frente al Arte y la Poesía tiene sin duda un carácter religioso mítico y metafísico.

Un significado esotérico. Me resuena en los oídos la oferta demoníaca: "Seréis como dioses". Pero para ser como dioses hay que comenzar por ser diabólico. No somos por eso seguramente "pequeños dioses" ni "semidioses", sino pequeños demonios que lanzamos nuestro "non serviam" a la naturaleza humana. El poeta no sirve a la naturaleza humana por ella misma, sino que la atraviesa y la traspasa para buscar y llegar a una sobrenaturaleza donde orden es sinónimo de belleza, donde belleza es igual a justicia, y justicia es igual a plenitud. El poeta es un demonio rebelde que no sirve a su mundo caído, sino que quiere levantarlo a un plan de hermosura y bondad. Es un demonio que busca el amor. En cada cosa existe esa naturaleza superior donde vive el verdadero y gran orden estético. La labor del artista es penetrar en esa vida. Todas las cosas están caídas. También los sentimientos, los pensamientos, los valores, las ideas y las jerarquías. Están caídas y cubiertas de "moho" y el artista debe limpiarlas y liberarlas para que brillen y trasciendan. Así se establecerá otro mundo más hermoso, que está vivo, pero oculto. El hombre podrá así existir en una segunda naturaleza, más plena, que es la de la belleza. Esta relación con el mundo es a través de un orden justo y de contenido matemático y científico, porque la belleza como toda manifestación artística, lleva implícita una "amarra" matemática y/o geométrica. Las matemáticas y la ciencia son como el fierro en un edificio, que sostiene y cohesionan. Este pequeño demonio frente al mundo debe entonces en su rebeldía, en su trabajo, bajar a su pro-

pio infierno, como lo hicieron los héroes, para después resucitar separando la luz de las tinieblas.

## XI

Mi conformación literaria y creativa está hecha a través de todo este mundo que he señalado. Han sido todas esas personas, esos acontecimientos, ese entorno, los que han ido depositando su fuego en mi conciencia.

Esa formación cultural sin duda tiene una connotación europea u occidental, pero que, a medida que ha ido enriqueciéndose, ha trascendido más a lo americano. He llegado a sentirme más de este lado del mundo y echo de menos en mis venas más sangre indígena.

Me gusta la Historia porque es la Poesía hecha carne.

Me gusta el Teatro porque es la desnudez de la vida en una de sus tantas posibilidades de plenitud.

No podría dejar de mencionar entre los escritores y poetas que de alguna manera me influyen: Neruda, Gabriela Mistral, Vicente Huidobro, Pablo de Rokha, Angel Cruchaga, Diego Dublé, Pedro Prado, González Bastías.

Entre los de otras latitudes: los clásicos griegos, Horacio, Virgilio, Dante en mucho, Garcilaso, Fray Luis de León, Góngora, Quevedo, Cervantes, Shakespeare, Goethe, Hölderlin, Novalis, Rilke, Baudelaire, Verlaine, Rimbaud, Apollinaire, Whitman, Cernuda,

César Vallejos, Octavio Paz, Ungaretti, García Lorca, Juan Ramón Jiménez.

A esto debo agregar toda la gran literatura americana de antes del "Boom" y, por supuesto, también la del "Boom" a cuyos nombres agrego el del brasileño Guimarães Rosa.

En la prosa debo recordar como hitos esenciales, en lo nacional, al Padre Ovalle, a Blest Gana, a Pérez Rosales, a Encina, Eduardo Barrios, Daniel Riquelme, Baldomero Lillo, Federico Gana, Sepúlveda Leyton y Rafael Maluenda. Por supuesto que Dostoiewsky, Tomás Mann, Herman Hesse, Poe, Gorki, Joyce, Faulkner, León Bloy y Papini, son algunos de los escritores que han ayudado a conformar mi acción y mi pensamiento.

Mi modo de ver el mundo en el orden de la inteligencia, es a través del verbo de Maritain y de Teilhard de Chardin.

Señalaría como personajes a quienes admiro o me entusiasman: Moisés, San Pablo, San Francisco de Asís, Dante, Colón, Pedro de Valdivia y a Einstein.

Este es mi itinerario, hasta ahora, cultural y creativo. No lo es todo. Quedan muchas islas en el camino. Es difícil recorrer todo el archipiélago que es el hombre. Tan sólo hemos bajado a algunas playas. Confieso mi impotencia de poder definirme. De clasificarme o de meterme en alguna casilla. He aprendido a ser rebelde y no conformarme. Puedo decir que no me conozco a mí mismo. Soy para mí una sorpresa. Seguramente he olvidado muchos pasajes o personas que

han influido, no en mi formación humana, sino en mi conformación poética. También es probable que haya dejado atrás algunos acontecimientos que movieron el timón de mi acontecer literario, como festivales o encuentros poéticos, la crítica literaria que también he ejercido y la crítica que a mis libros han hecho, todo lo cual es también parte del mundo de la creación y cuyas avalanchas lo arrastran a alguna parte, islote o continente, o lo ahogan en las aguas de la confusión.

Vivo en la Provincia. Pero para mí la Provincia es un territorio limpio y claro. Luminoso. Donde la vida se extiende como una lluvia benéfica. Es cierto que la Provincia limita. Doble tarea entonces para el escritor o el artista que vive en esos alrededores. Puede achatar. Pero también la gran ciudad aplasta. Es el desafío que tiene el pensador, el poeta, el artista, en cualquier parte que se encuentre. Ser testigo de su mundo y renovarlo.

Sólo la Historia Literaria dirá si Uds. han escuchado a un poeta, a un escritor que tiene un valor creativo y si, siendo así, perdurará en el cielo del recuerdo.

MANUEL FRANCISCO MESA SECO

Santiago, 12 de mayo de 1977.